



MARAVILLARSE LA IRRUPCIÓN DE LO INESPERADO

Jean Marie Delacroix (*)

Quién murió?

Me escucho a mí mismo pronunciar estas palabras y soy el primero que se siente sorprendido. Esta frase me tomó por sorpresa y me pregunto de dónde proviene, de dónde ha salido.

Ha salido de mi boca, claro, ¿pero es una frase que se vuelve mensajera de qué o de quién? lo inesperado ocurre de improviso, y provoca una ruptura o interrupción dentro de un sistema cerrado, aislado y enclaustrante, y esto es el detonador de un largo proceso durante el cual las sorpresas se suceden unas a otras.

Durante los minutos que precedieron y que quizá provocaron esta frase, un hombre hablaba de sus fobias, de su miedo a los elevadores, de su temor constante de ser atropellado por un auto en la calle. El hombre hablaba frente a mí, en aquel grupo, con la mirada perdida, y yo me preguntaba cómo resolveríamos el problema de sus fobias. Se trata de un africano, y nos encontramos en un seminario de Gestalt con un grupo multicultural compuesto de personas de distintos orígenes, nacionalidades y religiones.

Parece ser el único que no se ha sorprendido por mis palabras. Se incorpora, me mira e instantáneamente comienza a relatar un evento que le aconteció cuando tenía 12 años: un día se fue de pinta de la escuela y poco después un muchacho de su salón de clase murió. Como las familias de estos dos chicos no se llevaban bien, lo acusaron de haber ido a buscar un brujo para que hechizara al otro niño. Desde entonces, vive obsesionado por la brujería y, específicamente, con la muerte como consecuencia de un embrujo.

Inmediatamente después de haber pronunciado esta frase, percibo en mi cuerpo una especie de movimiento interior, de escalofrío que recorre mi espalda y sube hasta alcanzar el interior de mis ojos.



Todo cambia dentro del grupo y entonces la Función Ello ocurre por sí misma, sin que yo hubiera tenido algo que ver. La Función Ello se presenta de manera espontánea, con esa espontaneidad creadora de la que hablan PHG (Perls, Hefferline y Goodman).

El grupo, que comenzaba a aburrirse, se moviliza nuevamente. B nos platica su historia y nos dice que es la primera vez que se atreve a compartirla. Mis ojos se llenan de lágrimas, mi respiración se vuelve más profunda, siento un alivio y estoy lleno de admiración por lo que está sucediendo y por esta espontaneidad creadora que se desarrolla por sí misma y de la que estoy siendo testigo. Contemplación, admiración, fascinación.

El hombre concluye su relato. Todos estamos vibrantes y conmovidos, no únicamente por el contenido de la historia, sino sobre todo, por aquel “es la primera vez que lo cuento”, y por el hecho de que en el África Occidental evocar la muerte no es algo que se haga de manera fortuita.

De manera natural, pregunto sobre todo dirigiéndome a los negros africanos del grupo: “¿en sus aldeas, cómo abordan este tema?”. Y de manera igualmente natural, uno de ellos se levanta y nos explica: “en nuestra aldea, se realiza un ritual en el que hacemos ofrendas a los espíritus para calmarlos y, a lo largo del mismo, B debe ponerse en contacto con el espíritu del muerto para decirle que él no es el culpable y para que puedan hacer las paces”.

Entonces yo propuse: “realicemos ese ritual; que los africanos del grupo lo organicen, y vamos a imaginar todos que nos encontramos en la aldea.” La persona que había tomado la palabra se convierte entonces en el maestro de ceremonias, y se recrea frente a la otra parte del grupo una especie de psicodrama-ritual teniendo a B como protagonista, similar al definido por M-J Hourantié cuando ella describe el teatro-ritual en África. Estoy maravillado, todo se construye solo, dentro de la exactitud, dentro de la intensidad. Según la pauta de la tradición cultural local, pero dentro de un contexto grupal en donde cada individuo se siente partícipe, conmovido, y actor, sea cual sea el lugar que ocupe, sus orígenes o sus creencias.



Admiro y contemplo esta sucesión de formas que se hacen y se deshacen, esta trama de relaciones, este tejido afectivo, energético y cultural alrededor del sufrimiento de uno de los miembros del grupo, y esta coreografía natural que opera como un ritual de apertura y curación para todos los participantes de aquel grupo.

Tres meses más tarde, durante el seminario siguiente, B nos comunica que ya no tiene fobias.

La maravilla....

Es difícil hablar de esta emoción. En efecto, este término podría entenderse a partir de diversos parámetros, por ejemplo:

- cierto tipo de estado interior que nos habita bajo circunstancias particulares;
- lo que causa “maravilla”: el objeto o la situación que nos provoca admiración;
- lo inesperado del proceso mediante el cual se detona;
- la relación entre lo que causa maravilla y el individuo maravillado.

Quisiera intentar ahora poner en palabras este proceso a partir del análisis que procuraré realizar, haciendo referencia a experiencias tanto profesionales como personales.

Del cuerpo sobresaltado a la ruptura intuitiva

Posiblemente haya usted sentido durante el transcurso de una sesión de terapia estas manifestaciones físicas que podríamos llamar el sobresalto. Por ejemplo, ese estremecimiento interior, ese algo que se mueve dentro de usted, dentro de su cuerpo, que es una sensación física apenas percibida e inicialmente difícil de describir. Pero lo que es seguro es que existe. Se propaga incluso a través de todo su cuerpo y se convierte en un escalofrío que sube por la columna vertebral o en una especie de ondulación discreta que lo agita hasta las lágrimas. Y, simultáneamente, su estado interior cambia y este estremecimiento se convierte en impresionabilidad, o en premisa de una emoción naciente o quizás a punto de nacer o casi ya presente sin que usted lo sepa, a pesar suyo, casi incluso delante de usted. Como si lo precediera.

El elemento detonador que pone en funcionamiento esta movilización a la vez intensa y fina de su Función Ello puede ser una palabra dirigida a la otra



persona, un gesto hacia, tal vez una única palabra que apareció de la nada, sin premeditación, sin preparación, sin haberla previsto, que apareció casi por sorpresa, como si también esta palabra lo hubiera precedido. E instantáneamente usted se dio cuenta que era la palabra exacta, el gesto exacto, lo que había que decir, lo que había que hacer, lo que afecta al paciente en el preciso instante en el que estaba listo para dejarse afectar por esta palabra o este gesto. La palabra exacta surgió en el momento justo, con la debida entonación y con una presencia ni demasiado cercana ni demasiado alejada, de manera que el vínculo entre esta persona, el paciente, y usted, esté en efecto presente, aunque asentado de manera invisible. Esta palabra o este gesto son un detonador muy particular. Es un “ir hacia” que en apariencia no tiene ningún sustento, que parece no apoyarse sobre nada directamente observable en el instante presente. En primera instancia, no conocemos a ciencia cierta su origen.

Podríamos preguntarnos cuál es la naturaleza de este “ir hacia”. Esta palabra-sorpresa es prófuga de un precontacto y empuja a este último para que se desarrolle o despliegue hacia una tentativa de puesta en contacto. Pero, ¿qué parte del precontacto habrá evadido nuestra conciencia inmediata y, en consecuencia, habrá sido registrada en otro nivel de conciencia y posteriormente restituida de manera sorpresiva?

Podríamos pensar que la necesidad del paciente, que estaba oculta detrás de un contenido que intentaba poner en palabras una sintomatología determinada, fue captada por el terapeuta sin que él se diera cuenta. Lo que está presente en el campo, invisible, oculto, no consciente, es como una onda que flota a través de la atmósfera y que encuentra en la persona del terapeuta un receptor que emite instantáneamente y sin reflexión alguna lo que ha captado. La Función Ello aparece por sí misma. Cuando la Función Ello del paciente y la Función Ello del terapeuta se encuentran, entonces la Función Ello hace contacto. Quizá esto es a lo que llamamos la intuición. El tiempo ocupado para hacer uso de la palabra, para hablar de las fobias y para vivir la molestia (al menos en el caso del terapeuta) sirvió como un precontacto y es durante este precontacto en donde dos sensibilidades se encuentran, que ocurre lo que yo llamo el “ya presente no consciente” que se cruza entre los dos hasta crear esta palabra que podemos considerar entonces como el espacio intermedio entre el precontacto y la puesta en contacto.



Y entonces, sus ojos comienzan a picarle, se humedecen, surgen las lágrimas, al tiempo que algo sucede en la persona que se encuentra frente a usted, algo se mueve, algo sube, surge la sorpresa. Hay una emoción intensa, sea ésta discreta o más evidente. La palabra exacta. “¡ah, claro!”.

En el espacio de un instante, usted y la otra persona están unidos por esta afectación común, por esta onda, este escalofrío, este sobresalto. Este sobresalto convertido en emoción, complicidad, unión, palabra, sentido. El tiempo se detuvo. Durante una fracción de segundo, sintieron temblar en su interior la eternidad. Una eternidad compartida.

La ruptura intuitiva sobre la ruptura del ciclo de contacto

Esta afectación común es el resultado de la fractura o división provocada por el Ello de la situación, que irrumpe repentinamente en el campo, y que el terapeuta pone en palabras de manera igualmente repentina.

Fractura, ruptura.

En efecto, eso es lo que sucede.

Ocurrió una ruptura intuitiva.

Ya que esa palabra, ese gesto, representan la sorpresa de la intuición que se manifiesta de improviso en el campo entre usted y el otro. La intuición, esa forma de conocimiento inmediato sin que haya una intervención del razonamiento, ese algo que aparece sin haber sido convocado.

Ocurrió una ruptura intuitiva sobre una ruptura en el ciclo de contacto. Una ruptura ya consumada o una ruptura bastante avanzada, entre el precontacto y la puesta en contacto. Observamos que una ruptura viene a poner en jaque a otra, al punto que espontáneamente somos testigos de una mutación, de una conversión: la Función Ello se mira, la Función Ello se habla, la Función Ello crece en excitación mutua y, en consecuencia, la historia cambia. La historia, la que se desarrolla en ese momento entre el paciente y el terapeuta, y a través de ella, la historia pasada que se encontraba hecha un nudo, al punto de crear una patología.

Se trata asimismo, de una salida de confluencia. Salida de confluencia con el secreto, con lo no dicho, con lo innombrable, pero también sobre otra forma de confluencia: la de dos funciones Ello que se encuentran, al punto de crear una chispa que generará un contacto. Hasta ese momento, el fondo y la forma eran indistintos, una forma intentaba desaparecer disimulada sobre el fondo



hasta crear lo intolerable. La salida de confluencia abre y libera, y permite pasar de la retención a la expresión, del miedo que se transforma en fobias a compartir con el colectivo. Nos encontramos en una forma de ruptura de confluencia que crea una abertura, que produce asombro y admiración en lugar de vergüenza, como sucede con frecuencia cuando hay una ruptura de confluencia. Esta fractura-afectación común genera un proceso de naturaleza creativa, una dramaturgia que permite pasar del síntoma al símbolo, de la parálisis a la coreografía, del aislamiento doliente a la comunión festiva, de la pérdida de los valores ancestrales a su restitución dentro de un contexto moderno que es capaz de honrar y de integrar estos valores.

La continuación es diferente, la Función Ello ya no ocurre como antes, ni para usted ni para el otro. La continuación es el tiempo, el tiempo que pasa, que adquiere sentido, que construye un sentido. El sentido nace de este sobresalto común, se desprende de repente de su espacio compartido, de este espacio compartido que es mucho más amplio que la suma de sus dos espacios privados, y que conocemos como campo. De este sobresalto común surgido del fondo de una historia compartida, constituida progresivamente a partir de dos historias individuales, surge algo que nos maravilla.

Este sobresalto común que modifica la historia es una creación del campo y es el fundamento de esta confluencia sana que permite el despliegue del Self. Y esto es profundamente sorprendente.

Posteriormente, el Self continúa desplegándose, con toda su espontaneidad creadora, la misma espontaneidad creadora proyectada por la fractura intuitiva de la Función Ello. Es la ilustración misma de la siguiente descripción que hacen PHG con respecto a las características del Self: “el Self es espontáneo, de modalidad media (como base de la acción y de la pasión) y está comprometido en su situación (en calidad de Yo, Tú, Ello)... La espontaneidad es el sentimiento de vivir, de actuar, y el organismo-entorno presente no es ni su causa ni su obra, sino que crece con y dentro de este sentimiento. La espontaneidad no es ni directiva, ni autodirectiva, tampoco es indiferente, aunque en esencia es libre; es un descubrimiento-invencción durante el transcurso de las situaciones en las que nos encontramos y que hemos aceptado”. (Pág. 183).

Después, desde mi punto de vista, ocurre algo: en primera instancia, se produce en nosotros un estado interior que al principio no podemos designar, pero que existe, incluso antes de que sea nombrado. Primero es reconocido por



los sentidos y luego existirá a través de lo “nombrado”, gracias a la definición que resulte de la conciencia asociada al estado que conlleva la capacidad que tiene el organismo de comprender y de aprovechar lo que está pasando. En ese momento, percibo que las lágrimas suben a mis ojos, y ese estado interior se amplifica y me habita por completo, hasta que finalmente registro lo que yo llamo maravilla o admiración.

Sí, me siento maravillado por lo que sucede.

Pero también estoy maravillado por esta nueva perspectiva, que me permite ver de repente el génesis de lo que sucede.

Estoy maravillado por esta persona que se encuentra frente a mí y por lo que ella está pasando, y que es, este punto culminante que hace que las cosas ya no sean como antes.

Estoy maravillado por esta creación, de la que somos artífices, y que se materializa ante nosotros a medida que se va tramando.

Fascinación, arrebató de los sentidos y del alma. Plenitud, gratitud, reconocimiento. Es como si una plegaria hubiese sido concedida.

Maravillarse del proceso de maravillarse

Quizá en esto consiste el ajuste creador.

Sólo puede producirse un ajuste cuando existe un desajuste, cuando hay un desequilibrio, así que podríamos incluso preguntarnos si no sería mejor hablar de un “desequilibrio creador”, siendo el ajuste creador meramente la fase final de todo un proceso de reconstrucción.

La maravilla o admiración nos sería otorgada mediante un ajuste que se produce dentro de lo sutil, dentro de la confrontación de dos seres que se afectan el uno al otro, puesta en movimiento en el interior del uno por el otro; y esta puesta en movimiento precede y anuncia los cambios del organismo en su relación con el mundo. Este hombre fue capaz de hablar de su angustia con respecto a la muerte, y entonces dejó de tener fobias. Y es precisamente esto lo que crea la maravilla.

Pero también es fuente de maravilla el proceso mismo mediante el cual se crea la maravilla, la naturalidad con la que se desarrolla, la gracia de esta espontaneidad creadora, así como su estética, la belleza de este “descubrimiento-invencción” y el estado muy particular en el que nos coloca.



Nos encontramos, el paciente y nosotros mismos, rodeados en esos momentos por un ambiente muy particular, puesto que estamos vinculados a través de lo sublime de una maravilla compartida. Existe un ambiente de la situación. Posiblemente podríamos decir entonces que experimentamos lo que Perls llamaba un mini-satori, y que podemos describir como un estado de éxtasis. La palabra éxtasis me parece perfectamente adecuada si retomamos su sentido etimológico y si nos alejamos de la connotación mística que con frecuencia le otorgamos: se deriva de la palabra en latín “*extasis*” que significa “hecho de estar fuera de sí” que a su vez viene del griego “*ekstasis*”: “desviación, extravío del espíritu, arrebató”.

Y lo que es conmovedor hasta causar la maravilla, es cuando se nos permite contemplar todo el proceso: la palabra del terapeuta es una “puesta fuera de”, puesta fuera de lo invisible, fuera de lo que se nos escapa, fuera de lo no conscientizado. Es una fractura que se aporta al elemento que está flotando en el campo y que hasta ese momento no se había manifestado. Esta palabra es propulsada fuera del cuerpo del terapeuta, de su unidad psicósomática, por una Función Ello a la vez justa, impulsiva, provocativa, sabia e intuitiva, y no por su Función Yo consciente y consentidora. Debido a su naturaleza, provoca instantáneamente que el paciente y el terapeuta se pongan fuera de sí mismos, se lancen hacia el exterior de sí mismos, fuera de una retención mortífera.

¿Pero qué tuvo que ver en el paciente para que el terapeuta intuyera que eso es lo que había que decir en ese preciso momento y con esas palabras exactas? y es justamente esto lo que me sigue maravillando, este fenómeno o este misterio que provoca que la Función Ello del terapeuta capte o registre algo de la Función Ello del paciente, y que la Función Ello del paciente se las haya ingeniado para transmitir un aspecto de sí misma a la Función Ello del terapeuta. El terapeuta y el paciente constituyen una sola entidad, un campo único en donde la Función Ello se traslada de uno al otro y viceversa, y comunica información sobre uno, sobre otro, y sobre las características del campo que en su conjunto han creado.

Y entonces, se encuentran completamente inmersos, juntos y en un mismo instante, en un estado particular en donde los dos están reunidos en un “fuera de”: fuera del sí mismo individual, fuera del ser individual, y sin embargo, completamente en sí mismos y completamente con el otro, dentro de este



estado que llamamos éxtasis. Un estado que sólo puede concebirse como un estado de gracia, un momento de unión mística, un fuera de sí mismo, donde el sí mismo está completamente fusionado con un más allá de sí mismo. Y es ahí, durante ese sobrecogimiento, cuando comprendemos que “el Self es el camino que lleva hacia sí mismo”, como ya lo afirmaba yo en 1985 en mi libro “Esos dioses que lloran”.

La palabra confluencia, que utilizamos con frecuencia en Gestalt, incluso para designar la sana confluencia del contacto pleno, resulta insuficiente para designar la naturaleza del estado creado y experimentado durante un momento como el antes descrito. En efecto, es una palabra que nos remite a la metapsicología de la Gestalt, y el estado que nos ocupa no puede definirse por lo psicológico, ya que pertenece a otro nivel lógico que se aproxima a lo ontológico, al ser y a sus momentos particulares en los que se vuelve uno con lo que algunos llamarían la inteligencia de la naturaleza, y otros quizá, lo divino. Por ello, podemos concebir que algunos busquen en otros sistemas para intentar explicar lo que sucede y lo que no encaja o no se ajusta al menos por completo a los postulados de una teoría. Es el tipo de situación en la que podríamos decir que nos encontramos a la vez completamente dentro de nosotros mismos, pero también dentro de una dimensión más allá y que es difícil de describir con palabras. Y es debido a que nos encontramos completamente en el interior de nosotros mismos que podemos estar conectados al mismo tiempo con un más allá de nosotros mismos.

Aquella palabra repentina es una transgresión, un ir más lejos. Un ir más allá, hasta el contacto pleno, ese momento particular en el que nos contactamos mutuamente y que nos impulsa hacia ese estado paradójico de unión intensa con el otro sin que haya una pérdida de nuestra identidad y que tiene como resultado el encuentro coyuntural con el otro.

Este ajuste, que es la creación misma de una vía intermedia, se crea a sí mismo, sin esfuerzo, sin voluntad; y sobre todo se crea cuando hay un contacto con el otro en donde ya no existe una relación de poder, de búsqueda de dominación, de ego luchando por conservar su poder.

La Función Ello se ajusta sola, simultáneamente, en el inter y en el intra. Y este ajuste, con esta calidad, que se desarrolla en esta historia a la que yo llamo “la tercera historia”, precede y anuncia los ajustes y novedades por venir en el cotidiano.



Y después viene el silencio. Silencio frente a lo que sucede.

Silencio y contemplación

¿Contarse a sí mismo esta admiración, y revelarla?

Lo maravilloso también existe en la terapia.

Estoy maravillado por este proceso, sorprendido, lleno de admiración y de reconocimiento por el hecho que se desarrolla ante mis ojos, pero también por mi presencia comprometida y por la presencia comprometida del otro. Dentro de lo maravilloso, hay algo que pertenece al género de la ficción, de los cuentos de hadas o de los milagros. Superamos todas las pruebas y adversidades, finalmente vencemos a la bruja y eliminamos todos los infortunios, e inicia a partir de entonces una era de prosperidad. Y por las noches contamos todas estas bellas historias a los niños.

Contamos estas bellas historias...

Durante toda mi carrera he experimentado en ocasiones ese escalofrío en mi espalda, seguido de esa sensación de calor en mis ojos acompañada de lágrimas que conferían confusión a mi mirada. Mismas lágrimas que muchas veces contuve puesto que “un terapeuta no debe llorar frente a su cliente”. Y desde la primera vez, me di cuenta que estas manifestaciones aparecían cuando yo había realizado una intervención correcta, en el momento adecuado y con la expresión exacta, con el tono de voz pertinente y, sin duda alguna, con esta especie de presencia que es capaz de registrar un fragmento de lo invisible del aquí y del ahora. Yo lo interpretaba como una manifestación sensorial y corporal debida al hecho de que la intervención era exactamente la que convenía para ese preciso momento.

Ese estremecimiento interior se acompañaba siempre de una experiencia interior hecha de admiración por lo que sucedía, de curiosidad por lo inesperado que estaba surgiendo y que estaba a punto de surgir, yo lo sentía, yo lo sabía, experimentaba un sobrecogimiento por este hecho inesperado, este hecho que me maravillaba. Me decía en mi interior, por tanto a mí mismo y en una especie de diálogo interno, hasta qué punto me sentía fascinado por todo este proceso que estaba ocurriendo en mi presencia y con mi complicidad implícita.

Me decía a mí mismo esta maravilla.



Al igual que no me permitía llorar, en ocasiones haciendo grandes esfuerzos, tampoco me daba oportunidad de revelar al paciente este sentimiento de maravilla. ¿Por qué? Quizá simplemente porque la palabra maravilla no formaba parte del vocabulario de la terapia Gestalt. Porque me imaginaba que no era creíble en el contexto de la terapia Gestalt.

Hasta el día en que adquirí conciencia de la importancia de la maravilla en mi vida, y de la importancia de compartir esta maravilla. Hago referencia ahora a la maravilla que me causó y que me sigue causando el haber sido beneficiado con un trasplante de hígado, maravilla que comparto con todos aquellos que han estado cerca de morir y cuya continuidad vital tiene algo de milagroso.

En este sentido, está la maravilla vinculada con toda la serie de eventos que constituyen y que han marcado la historia médica de los trasplantados: hubo un donador para nosotros, en el debido momento, esto es, cuando nuestra condición médica aún lo permitía, y la generosidad de un desconocido y/o de su familia nos salvó la vida; y esto permanece con uno, esto perdura.

También está la maravilla ante la generosidad del organismo, maravilla ante su inteligencia y su sabiduría. Maravilla frente a lo que en Gestalt llamamos la autorregulación del organismo. Maravilla hasta el estupor cuando algo sucede: tres meses después de la intervención, me realizan un chequeo de control, y los médicos descubren que mi arteria hepática está bloqueada. Los doctores se alarman, ya que esto puede implicar la necesidad inminente de una nueva operación, e incluso podría ser necesario realizar un nuevo trasplante de urgencia. Pero ocurre un milagro de la autorregulación del organismo: un examen más detallado indica que el sistema sanguíneo lateral ha tomado el relevo, y la irrigación del hígado se lleva a cabo normalmente a través de vías alternas.

No sé en cuantas ocasiones he compartido esta maravilla o admiración, o mejor dicho, esta serie de maravillas con mis seres cercanos, mis amigos, desconocidos, mis terapeutas. He ponderado hasta qué punto el compartir esa información ha sido importante para mi curación tanto física como psíquica y energética (lamento no poder encontrar un término único y exacto para designar este proceso de sanación que afecta al ser en su globalidad. Por otra parte, no debería ser necesario utilizar esta perífrasis “el ser en su globalidad”, ya que por definición el ser es el todo).



Asimismo, hubo una paciente que me ayudó mucho hace algunos meses, para poder hablar sobre esta maravilla dentro del contexto terapéutico. Ella me permitió superar el “yo me contaba a mí mismo esta maravilla”, y comprender que revelar esto era poner en palabras una vivencia fundamental, es decir, fundadora, que nos pertenecía a uno y a otro y que tramamos juntos sin saberlo. El proceso terapéutico pasa por este reconocimiento y esta puesta en palabras de lo maravilloso y de lo que causa maravilla o admiración. Esta diligencia confirma una gran novedad: “la tercera historia”, aquella que se trama instante por instante entre el paciente y el terapeuta, y que es otra historia que hace tambalear a la historia precedente.

Estos momentos son fundamentales para la transformación del vínculo terapéutico y del ser.

El paciente y el terapeuta se encuentran en ese momento conectados por un vínculo que se establece a través de una conciencia-sensación común de que algo ha sido tocado profundamente, y de que eso es bueno. Uno y otro se encuentran entonces en un estado de conciencia incrementado.

Tuve que interrumpir la terapia de esta paciente durante 9 meses, debido a mi estado de salud. Ella prefirió esperar todo ese tiempo en lugar de continuar con otro terapeuta. Se trata de una persona sumamente dependiente y con un gran padecimiento narcisista, y me preguntaba cómo es que ella enfrentaría esta larga interrupción sobre todo porque yo no podía prever ni el momento en que ocurriría, ni su duración. Temía que ella se hundiera en un estado depresivo, y que todo el beneficio del trabajo que habíamos comenzado dos años y medios antes, se perdiera. Así, sucedió que un martes por la mañana mi secretaria le avisó que la sesión de las 12:30 horas para ese día sería cancelada, y que su terapia se suspendería por un tiempo indeterminado. Yo había elegido ponerla al corriente de mi situación con respecto a mi condición médica, haciéndole saber asimismo que nuestras sesiones de terapia se interrumpirían en una fecha que yo no podía prever y durante un tiempo que no podía determinar.... no me parecía justo desaparecer durante un tiempo indefinido, quizá incluso para siempre, sin ofrecerle un mínimo de explicaciones.

Diez meses más tarde, reiniciamos las sesiones. Ella comienza preguntándome cómo estoy, y enseguida me dice con una gran sonrisa que se siente muy bien y que pasó un verano muy agradable.



- Terapeuta: “lo que me acaba de decir es una muy buena noticia. Quiere decir que usted puede prescindir de mí y de esta terapia.”

- Paciente: “no lo sé... necesito contarle un sueño que tuve la noche anterior a su hospitalización... lo curioso es que después de haber soñado, supe que usted entraría pronto al hospital y que durante su ausencia todo estaría bien para mí.”

Entonces, experimento en ese momento aquellas manifestaciones sensoriales y corporales que ya he descrito con anterioridad, acompañadas de una excitación que se convierte en una onda de placer.

Ella me cuenta su sueño: está con un hombre con el que tuvo, durante varios años, una relación amorosa difícil y muy tormentosa. Ella se encuentra sentada sobre un banco elevado y el hombre se encuentra en una posición más baja. Luego llego yo por detrás de ella, ella no me ve, pero sabe que soy yo; yo pongo mis manos sobre sus hombros, lo que le transmite una sensación muy agradable que le gusta y que se esparce por su cuerpo.

Luego, añade: “después de haber tenido este sueño, supe que lo iban a llamar pronto del hospital, y que todo estaría bien para mí puesto que era como si usted estuviera en mi interior.”

- Terapeuta: “es sorprendente lo que sucede, usted está retomando la terapia en el lugar donde nos quedamos en febrero pasado, y como había hecho antes con frecuencia, usted me cuenta el sueño posterior a la sesión precedente que tuvo; como sucedía antes, justo antes de la sesión siguiente.”

Al escuchar su sueño, experimento esa sensación que describí anteriormente, y siento que mis ojos se llenan de lágrimas. El sobresalto que tuve durante todo este inicio de sesión se transforma en una sensación de maravilla.

Me siento maravillado por la potencia del organismo en contacto para autorregularse, a través de la relación terapéutica.

Su inconsciente le significó que su organismo había sido capaz de integrar mis acercamientos hacia ella y que había podido dejar entrar en ella e interiorizar “el entorno suficientemente bueno” que yo representaba para ella, al punto de poder romper con la dependencia terapéutica durante todo ese tiempo.

- Terapeuta: “me siento maravillado por su sueño, sobre todo por el hecho de que su inconsciente le haya enviado precisamente ese sueño, en ese



momento. Eso significa que usted registró muy bien que mi presencia discreta estaba ahí, incluso en mi ausencia física, y que eso era suficiente. Ese sueño significó también que usted pudo estar tranquila durante todo ese tiempo, al igual que yo. Posiblemente usted percibió también que yo necesitaba ser tranquilizado para asegurarme de que podía dejarla sola.

Seguimos analizando en diversas oportunidades este sueño, así como la maravilla compartida en la que nos sumió. Experimentamos, ella y yo, una especie de estupor durante esta reanudación de las sesiones. ¿Estupor o éxtasis? Volvamos por un instante a la etimología. Por su etimología latina, griega e indoeuropea, la palabra “estupor” contiene conceptos tales como entumecer, impresionar, contrariar; y el diccionario histórico de la lengua francesa indica que, desde el siglo XIV, la palabra estupor “se utiliza comúnmente para hablar de una sorpresa o asombro profundo que suspende toda reacción”.

Eso es lo que nos sucedió: estábamos en shock. Estupefactos por el hecho de que eso haya sucedido, de que “a partir de nuestro inconsciente común” haya surgido ese sueño. Unos quince días antes de la operación, yo mismo soñé que había llegado el momento de “preparar la cavidad, desde una perspectiva energética”, y yo “sabía” por tanto que pronto sería mi turno, a pesar de que estaba en la lista de espera de órganos del hospital desde hace relativamente poco tiempo.

Estábamos en *shock* también por la maravilla, pero en ese momento ni yo ni ella podíamos señalar con exactitud qué era lo maravilloso y conscientizar el estado de maravilla, puesto que seguíamos en *shock*. Así, sólo posteriormente y fuera de tiempo pudimos hablar al respecto.

Si relato este episodio, es para ilustrar hasta qué punto el compartir mi maravilla con ella, y nuestra emoción compartida alrededor de ese hecho, fue importante y lo sigue siendo; tanto así, que muchos meses después seguimos tocando el tema. Se trata, efectivamente, de un fenómeno de campo que creamos juntos y que nos rodea, y que nos hace vivir algo que pertenece al orden de la transgresión. La transgresión es un ir más allá de. Y todo ajuste creador es un ir más allá de, una superación. Entonces, la maravilla es lo opuesto del padecimiento, es un arrebató interior que nos llena de gratitud.

Magia natural y suave resplandor al servicio del ser



Ahora considero que es parte del proceso terapéutico incluir lo maravilloso en la terapia para “ocuparse del ser” y de la relación. Intuir lo maravilloso significa sencillamente reconocerlo y darle su lugar cuando se presenta “por añadidura”.

Reconocer esta “magia natural”, como dice en sus enseñanzas el maestro tibetano Chögyan Trungpa, es aceptarla. Es sacralizar el instante presente reconociendo lo que es. Reconocer ese algo que aparece entre los dos a pesar nuestro y que se transforma en un entre-nosotros. Un entre-nosotros que se inserta en el intersticio del asombro, ahí donde hubo una división, una ruptura en el ciclo, de la homeostasis, de la unidad, de la relación. Algo se produce gracias al ajuste creador, algo que es fusión, interpenetración de este estado interior constituido por la maravilla del terapeuta y por el movimiento energético del cliente. Movimiento energético que vincula a uno con el otro y que crea una abertura, la comprensión y la transformación.

Incluir lo maravilloso significa sencillamente reconocer lo que está presente: ese estado interior tan particular, esa emoción compartida, ondulante, que vincula a uno con el otro en un movimiento que produce un sobresalto, que a su vez abre lo que hasta ese momento había permanecido cerrado, dentro de lo no sentido, dentro de lo no conscientizado, dentro de lo no comprendido, dentro de lo no compartido. También es reconocer este sobresalto que se convierte en un impulso creador y regenerador, un impulso que crea una afinidad, una alianza entre nuestras miradas, nuestra sensibilidad, nuestros corazones y nuestra inteligencia. Hasta que esta última, nuestra inteligencia, se percata del surgimiento del sobresalto y a través del sobresalto de la materia, de nuestro cuerpo que es materia, “polvo de estrellas”, y que lleva inscrito sobre él mismo, lo que está en el campo, así como la matriz de las formas por aparecer, y que hasta ese momento, habían permanecido ocultas en el fondo.

Incluir lo maravilloso, significa tener confianza en el proceso y dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir, teniendo fe en la capacidad de autorregulación del organismo, puesto que la Función Ello aparece por sí misma en la terapia, esto es, a través de este “entre-nosotros”, fruto de la fractura creadora de una Función Ello puesta en alerta, y que orienta su energía hacia la homeostasis, haciendo irrupción de repente en el entre-dos del campo terapéutico. Hay que dejar que aparezca lo maravilloso, permitir que se desarrolle, dejar incluso que



nos habite aún si no sabemos todavía de que se trata y luego, hay que compartirlo con el paciente.

Integrar lo maravilloso es para mí un acto terapéutico fundamental y me atrevería a decir que contracultural. Nos hemos acostumbrado, de conformidad con una cultura terapéutica determinada, a poner énfasis sobre cierto registro emocional: aquel que gira alrededor de la cólera y de la agresividad, de la tristeza, de la depresión, de la desesperación, más que alrededor de un registro que evoque y convoque la dulzura, la ternura, la generosidad, lo bello y lo maravilloso. No hay razón alguna para dejar de lado en la terapia estos componentes del ser humano, puesto que forman parte de las necesidades fundamentales de cada uno de nosotros.

La maravilla nos obliga a ir más lejos. No sé si la maravilla entre en la categoría de lo que llamamos comúnmente las emociones, ya que no es común encontrar este término clasificado bajo la rúbrica de “emociones”. Lo que sí sé es que este estado interior encaja bien dentro de la categoría de los “*ex-movere*”, pero es sin duda alguna un *ex-movere* muy particular, puesto que transporta al organismo y al entorno hacia un estado común que conduce al “*movere*” hacia zonas poco conocidas, y con frecuencia percibidas como de poca credibilidad. Es un estado de trance, es decir, de conciencia expandida, dotado de algo muy específico que nos sumerge en lo maravilloso. Es contracultural, ya que la Gestalt se sustenta en una antropología fundamentalmente judeocristiana de la interrupción, de la ruptura, de la insuficiencia: las interrupciones del ciclo de contacto, las pérdidas de la Función Yo, el tema del mundo de la infancia perdida, y como telón de fondo, las numerosas interrupciones y rupturas en la vida de F. Perls. Esto evoca temas como la pérdida del paraíso terrestre, la caída, la culpa y la reconquista de la salvación (¿el ajuste creador?). Esta tentativa de reconquista se realiza a través de la búsqueda, a cualquier precio, de la terminación de los Gestalt inconclusos. Al menos ésta era la ilusión que la Gestalt pretendía transmitir en sus etapas tempranas.

Reconocer lo maravilloso cuando ocurre, hablar al respecto, darle su justo valor, honrarlo, es una forma de aportar algo nuevo al campo y recontactar un aspecto del mundo de la infancia. Y de esta forma marcamos esta etapa de la tercera historia con una suerte de sello que nos permitirá consolidar una nueva alianza entre lo que hay de maravilloso en el organismo y en su relación con el mundo, y la parte dentro de nosotros que hasta ese momento había permanecido



bajo el yugo de la herida. Cuando el organismo está bajo la influencia de un traumatismo, y quizá llega incluso a gozarlo en secreto, entonces no es capaz de conocer el júbilo de la maravilla.

El tema del desencanto y del reencanto ha estado muy presente durante los últimos años, particularmente en la corriente posmoderna. Ciertamente, el hecho de que volvamos a caer siempre en las mismas situaciones inconclusas, en el mismo mito de Sísifo sobre una modalidad que nos es personal, con la presencia en segundo plano de los mismos esquemas neuróticos judeo-cristianos, puede provocar en consecuencia, por su naturaleza misma, más un desencanto que una maravilla.

Considero que la cuestión de la maravilla nos conduce a cambiar de paradigma. Está sustentada por una concepción del hombre que aduce que éste es capaz de experimentar y de crear cosas maravillosas y que puede asimismo entrar en un estado de alerta que contiene a lo maravilloso o que al menos puede suscitarlo. Posiblemente a esto se refiere la metáfora del reino, que aparece tanto en los cuentos como en las leyendas, los mitos y los relatos religiosos.

La maravilla sería lo opuesto al desencanto e incluso lo contrario a la melancolía. Esta última evoca para mí una especie de agujero negro, así como una caída sin fin dentro del infinito de ese agujero negro, y durante la caída uno se enfrenta cara a cara con monstruos horribles y cautivantes. El único porvenir es la continuidad de esa caída y la aparición de monstruos cada vez más espantosos, y la disolución progresiva en la nada.

La maravilla sería lo opuesto a la caída. Y lo contrario a la caída sería la ascensión, el subir hacia lo alto y hacia el arrebató, gracias a un contacto totalmente particular con el otro, sea éste una persona o una parte del entorno.

Integrar lo maravilloso en la terapia o, mejor dicho, reconocer lo maravilloso cuando se presenta “por añadidura”, y darle un nombre, es un acto profundamente terapéutico. Dejarlo ser, dejarlo actuar como esta “magia natural” de la que habla Chögyan Trungpa, y que transforma. Y aceptarlo. Sacralizar el instante presente reconociendo “aquello” que es. Reconocer ese algo que se mete entre los dos a pesar nuestro, y que transforma y sacraliza ese entre-dos convirtiéndolo en un entre-nosotros.

Algo ocurre gracias al ajuste creador, algo que es fusión, interpenetración mediante este estado interior constituido por la maravilla del terapeuta y por el



movimiento energético de la otra persona. Movimiento energético en el otro, movimiento energético de desbloqueo, de liberación, de abertura, de comprensión y de transformación.

La maravilla es un “suave resplandor” que actúa por el arrebató del ser en su relación con el mundo en un momento dado, y que transforma reunificando al ser en su relación con el mundo y posiblemente aún en su relación con el cosmos.

Entender que uno es coautor de este proceso que conduce a la maravilla, y compartir esta experiencia con el cliente, es hacerle saber que él también es coautor de este hecho inesperado que es el surgimiento de lo maravilloso. Es, por ende, reubicarlo en su dignidad de ser humano, capaz de ser partícipe cocreador de lo bello y de lo bueno que hay en la relación. Tras la humillación y la vergüenza vinculadas con el juicio o la mirada desaprobadora de los demás hacia él, se produce un hecho admirable. Algo que lo restaura ante los ojos de los demás y ante sí mismo.

Entre el pasado y el futuro, entre lo cercano y lo lejano, la maravilla hace una transición y crea un cambio. Se convierte en una brecha que permite la circulación. Es una brecha hecha a partir de una onda que parte del cuerpo de uno, se desplaza, toca el cuerpo del otro y los enlaza a los dos, cubriéndolos a ambos bajo un estado de asombro y admiración que es, posiblemente, la premisa de la bienaventuranza. Hay que recuperar la inocencia, para poder dejarse llevar y crear confianza. “Bienaventurados sean los inocentes, ya que de ellos será el reino de los cielos”.

Nos encontramos más allá de la lógica, del intelecto, de la comprensión humana, en aquello que no se analiza, que no se comprende. El paciente y el terapeuta viven y se permiten vivir un estado a la vez singular y único, los dos al mismo tiempo y estando conscientes de ello. Es como el encuentro de dos almas que se rozan momentáneamente y experimentan una especie de orgasmo.

Este suave resplandor de la maravilla que transforma, permea también otros espacios. Esto se debe a que sus efectos perduran fuera de tiempo y expanden el espíritu. R. Scheldrake habla de un “espíritu ampliado”: nuestro entendimiento se extiende más allá de nuestro cerebro, de manera similar a las ondas telefónicas que se propagan más allá de los teléfonos. Nuestro espíritu se extiende asimismo en el espacio y en el tiempo. Un espíritu expandido es aquel que no permite verse limitado por nuestra lógica habitual, aquel que acepta



abandonar los límites fijados por un pensamiento teórico y que tiene la disposición de captar o registrar la información que está presente dentro del campo. La maravilla abre al espíritu y al corazón; y el espíritu expandido es aquél que está preparado para dejarse preñar por la conciencia de un estado de conciencia más amplio que es, precisamente, la maravilla.

CONCLUSIÓN

La maravilla: “creatividad gratuita”

La maravilla sería un elemento adicional, algo que acompaña y que rodea al contacto final, que cubre al post-contacto con su fragancia y que marca al Self con ese “algo” que hace la diferencia. El contacto final puede tomar múltiples formas, colocar al organismo y al entorno en estados emocionales muy diversos y en intensidades distintas, puede traer consigo satisfacción, alivio, placer, miedo, puede ser una explosión emocional en la que el yo y el tú se cruzan y crean esta otra forma que es el nosotros.

La maravilla es un elemento adicional que no puede existir salvo a través de algo que causa maravilla y de alguien que se siente maravillado, y es percibida de manera distinta, dependiendo de la sensibilidad tanto del paciente como del terapeuta.

No sabría decir si se trata de una emoción, pero diré sin embargo, que se trata de un estado sobre la emoción, y es el estado del campo, que se propaga hasta el fondo de nosotros y que crea el ambiente que nos rodea y del cual somos coautores junto con el campo. Este elemento adicional es la estética o es algo que podría evocarla. Es el sobresalto que aparece cuando estamos en esa posición tan particular de ser a la vez el espectador y el actor de una hermosa forma que se está desarrollando y que nos está invadiendo a través de los efluvios de su belleza primero en gestación y después realizada.

¿Tendrá algo que ver con aquella “creatividad gratuita” de la que hablan PHG? (pág 219).

Yo pienso que esta etapa intermedia entre el contacto final y el post-contacto puede tratarse de un lugar y un tiempo privilegiados en donde la Función Ello, siempre activa, se orienta ahora hacia esta otra forma que es la maravilla. Recordemos lo que dicen PHG con respecto al contacto final: “sobre



un fondo constituido por el entorno y por el cuerpo, el objetivo vital se desprende en la forma de una figura y es contactado. Se libera toda intención deliberada y se produce una acción unitaria espontánea de percepción, de movimiento, de sentimiento. La toma de conciencia alcanza la máxima claridad en la figura del *tú*.

Y, con respecto al post-contacto: “hay una interacción flotante entre el organismo y el entorno que no es una figura-fondo; el Self pierde su agudeza”.

Cuando estamos maravillados, toda intención deliberada efectivamente se libera, puesto que la Función Ello se presenta sin que la hayamos buscado. El estado de maravilla es a la vez lo que unifica y lo unificado. Nos volvemos uno solo junto con lo que nos ha puesto en ese estado, y en esa unificación. Entonces, nos encontramos flotando junto con el entorno en donde lo que causa maravilla sucede. La maravilla aparece cuando algo que está inconcluso encuentra un desenlace; de esta forma, a partir del contacto entre el paciente y el terapeuta surge en la situación, y a partir de la situación se produce un sobrecogimiento que es producto de una espontaneidad creadora. Volvamos de nuevo a lo que dicen PHG: “en todo contacto, existe una unidad de las funciones perceptivas, motrices y afectivas. No hay gracia, ni vigor, ni destreza en un movimiento que carece de orientación y de interés... Sin embargo, únicamente es durante el contacto final cuando quizá la espontaneidad y la absorción se encuentren a su más alta capacidad, cuando todas sus funciones se encuentren en primer plano, cuando constituyan la figura. Estamos conscientes de la unidad. Esto significa que el Self (que es contacto) consigue sentirse a sí mismo. Y lo que percibe es la interacción entre el organismo y el entorno”.

Cuando el Self ha jugado su papel, cuando alcanza esta fase de integrador y de unificador, se produce entonces la curación, y ese “acompañante por añadidura” que a veces aparece y que es la maravilla, afianza aún más el proceso de curación.

Es el aura del campo en ese instante particular de maravilla, que es el momento de la curación y de la transformación, entendiendo la curación justamente como una transformación.

Podríamos decir asimismo que es en ese momento que ocurre un crecimiento, y que la maravilla es una de las creaciones del crecimiento. Recordemos una vez más lo que dicen PHG (página 237): “dependiendo del tipo de novedad a la cual nos hemos dirigido y que hemos transformado, el



crecimiento lleva nombres distintos: aumento de tamaño, restauración, procreación, rejuvenecimiento, recreación, asimilación, aprendizaje, memoria, costumbre, imitación, identificación. Todo es el resultado del ajuste creador...”

A esta lista yo añadiría la maravilla. El crecimiento del ser pasa por la maravilla, que está vinculada a lo hermoso, a la estética, al llamado a la trascendencia que emana del ajuste creador.

La maravilla aparece sobre el acto de creación, de transformación, que no es más que un crecimiento en proceso. La maravilla surge sobre lo fundamental que se está llevando a cabo, mientras que, hasta ese momento, sólo existía una obstrucción que impedía la emergencia de ese aspecto fundamental. Se produce una magia que hace que lo fundamental, que hasta ese instante había permanecido en el fondo, se derrame, se vacíe, fluya impulsado hacia un primer plano por la fuerza de esta espontaneidad creadora, que se orienta desde sí misma hacia la curación. E incluso, más que eso: consigue que todo el proceso esté rodeado por lo maravilloso.

Nos recuerda aquellas representaciones teatrales en las que se interpretaban los milagros sobre el atrio de Nuestra Señora de París. Los protagonistas lograban superar el tema expuesto y superarse a sí mismos gracias a esa complicidad total con los espectadores, que se daban cuenta que eran elevados al rango de actores al participar como espectadores comprometidos. De esa manera, se transitaba de una dramaturgia a una liturgia.

La puesta en escena del proceso de desarrollo del Self genera de igual forma lo maravilloso y, por qué no, lo sagrado.

A esto se refiere posiblemente el teólogo M. Zundel cuando escribe sobre la relación: “la maravilla es precisamente el momento en el que emerge en nosotros una nueva dimensión, donde nos curamos por un instante de nosotros mismos y somos arrojados hacia una presencia... que nos llena, al tiempo que nos libera de nosotros mismos”. Y añade: “la maravilla es por tanto la raíz de toda conversión a la vida interior. Al hacer que nos desprendamos de nosotros mismos y nos suspendamos en el otro, nos introduce en ese reino del “entre-nosotros”, donde nos acercamos a Dios”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



Chögyam, Trungpa. (1990). *Shambhala*. París:Le Seuil.
Delacroix, JM. (1994). *Ces Dieux qui pleurent*. París: l'Harmattan.
Hourantié, M.J. (1990). *Le psychodrame rituel*. París: l'Harmattan
Perls, Hefferline, Goodman. (1951). *Gestalt-Thérapie*, tome 2, (2001),
traduction française. Bordeaux: l'Exprimerie

(*) **Jean Marie Delacroix**. Psicólogo clínico y terapeuta Gestalt. Cofundador del Instituto Gestalt de Grenoble en 1981, es responsable de los programas de capacitación desde 1982. Cofundó asimismo, el Instituto Francés de Terapia Gestalt en 1985, donde fue Director Adjunto hasta 1982. Es autor de diversos artículos y publicaciones.